

a las prescripciones de la Ley lleva a ‘abrasar’ los rasgos efímeros de la personalidad y permite subsistir a los rasgos eternos del espíritu.

Calibán y los ídolos, esclavitud y falsa libertad

Shakespeare, en *La Tempestad*, esboza a través del personaje de Calibán, esclavo deforme hijo de una bruja mala, el tema de la adoración a los ídolos externos e internos y la búsqueda de libertad. Calibán es sirviente de Próspero, al que sirve de mala gana debido a su naturaleza primaria e incapaz de razonar, pero lo sirve coaccionado por el gran poder del mago. Sin embargo, cuando el esclavo se encuentra con Estéfano, el mayordomo borracho que se ha salvado del naufragio encima de un barril de licor, decide tomarlo como dios y adorarlo y servirlo, pues sus mercedes, como el vino que le suministra, las ve superiores a la severa disciplina que Próspero le impone. El final del segundo acto termina con las palabras de Calibán ‘Libertad, viva! Viva, libertad! Libertad, viva la libertad!’, seguidas de las del mayordomo borracho ‘Adelante, monstruo valiente, Guíanos’¹⁵⁵.

Calibán es símbolo de la parte del alma que adora falsos dioses, cometiendo la peor de las faltas según el Corán, a saber, la idolatría o *širké*, es decir, asociar a Dios con otros poderes ilusorios. Uno de los mensajes más importantes que transmite el Corán y que constituye el núcleo central del islam es el de la unidad y unicidad divinas, es decir, el reconocimiento de que Dios es Uno, premisa básica del monoteísmo. Diversas aleyas hacen referencia a esta idea:

155 Cf. W. Shakespeare, *La tempestad*, Acto II, Escena II.

“Vuestro Dios es un Dios Único, no hay divinidad sino Él, el Infinitamente Misericordioso, el Misericordioso sin límites”¹⁵⁶.

Otra aleya destaca que Dios perdona todas las faltas menos la idolatría:

“Dios no perdona que se Le asocie. Pero perdona lo menos grave a quien Él quiere. Quien asocia a Dios está profundamente extraviado”¹⁵⁷.

Y en la misma azora, unas aleyas más adelante, invita a seguir la religión de Abraham, que fue *hanīf*, es decir, que adoraba a Dios sin asociarle nada ni nadie. Abraham es así paradigma de la fe pura del monoteísmo, que consiste en adorar o servir a Dios sin asociarle nada, actitud que deviene un precepto para todo musulmán. El Corán explica la historia de Abraham: cómo rompió los ídolos externos, las estatuas de piedra a las que la gente de su pueblo se entregaban en adoración. Los destruyó porque eran falsos dioses que no tenían poder para hacer nada, y adorarlos era en realidad una enorme injusticia. Tiempo después, cuando el profeta Muhammad conquistó la Meca y entró en el recinto sagrado de la *Kaaba*, también destruyó los trescientos sesenta ídolos que habían puesto y que eran objeto de culto y de negocio, reinstaurando así el monoteísmo puro de Abraham¹⁵⁸.

En el islam se recupera esta actitud, pero, con la sunna de Muhammad se profundiza en la dirección de destruir también los ídolos internos. Rūmī, en un pasaje del *Maṭnawī*, habla del ciclo de Muhammad, que culmina el proceso profético, y dice que Ahmad (Muhammad) rompió muchos ídolos

156 C. 2: 163 (trad. de A. Guijarro).

157 C. 4: 116.

158 Cabe recordar aquí que la Kaaba de la Meca fue edificada por Abraham y su hijo Ismael.

en el mundo para que las comunidades pudieran adorar al Dios único, y que si no fuera por él, todavía estaríamos inclinados adorando ídolos. Rūmī termina invitando a la liberación interna, liberando al corazón de la sumisión a los ídolos internos que lo dominan¹⁵⁹. Este precepto es vital, necesario para el ser humano, ya que en realidad, se nos dice, lo sepamos o no siempre estamos adorando algo. Si el ser humano no se postra en la dirección correcta, se postra en mil de diferentes. Por tanto, se trata de reorientar el objeto de adoración, reconduciendo la adoración desde aquello falso e ilusorio hasta lo real, verdadero y permanente.

La demanda de libertad de Calibán es muy significativa. Recuerda un poco el monólogo de Claudio, en Hamlet, en el cual el rey usurpador se dice a sí mismo que queriendo ser libre se ha hundido todavía más¹⁶⁰. La libertad, por tanto, es siempre de algo y para algo, ser libre de, para qué. En el caso de Calibán es ser libre de la disciplina de Próspero para someterse al mayordomo borracho. En ambos casos se trata de una sumisión, pero en el segundo lo es a un amo borracho y sin ninguna amplitud de miras. Calibán representa así un aspecto ineludible de la actitud humana: la adoración, consciente o inconsciente, pues en el Corán se dice que el ser humano adora siempre algo, y si no se orienta hacia el Único Dios, sometiéndose a los dictados del profeta particular, que correspondería, en la red paralela de símbolos, a Próspero como máximo representante espiritual en toda la isla, se orienta en realidad a dioses falsos, simbolizados en *La Tempestad* por la figura del mayordomo borracho, que no pueden guiar sino que son guiados, como termina el texto de Shakespeare en el que el mayordomo Estéfano le pide a

159 J. Rūmī, *Mathnawī*, vol. II, Municipalidad Metropolitana de Konya, pp. 38-39.

160 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Escena II.

su nuevo esclavo que le guíe por la isla. Al final de la obra, sin embargo, Calibán se da cuenta de su error, y arrepentido de confundir a un borracho con un dios se compromete de nuevo a servir a Próspero.

Rey Lear: adulación y makr divino

En *El Rey Lear* Shakespeare trata entre otros el tema de la adulación al falso poder. La historia empieza con el reparto de tierras que el rey hace entre sus hijas, pero antes quiere escuchar de ellas la declaración de su amor filial, y mientras que las dos mayores lo adulan con las lenguas declarándole un inmenso amor más allá de cualquier límite, Cordelia, su hija pequeña y la más sincera, en cambio le declara su amor en la justa proporción del vínculo que como hija le une a él, ni más ni menos, ya que, dice, si le declara su amor total entonces ¿qué sentido tendría casarse con un marido para el que no le quedará más amor? pues, por el contrario, cuando se case su amor irá repartido a mitades entre su padre y su marido. Ante esas rudas pero sinceras palabras y por contraste con la exageración de las otras, el Rey deshereda a su hija pequeña y expulsa bajo amenaza de muerte a su noble servidor Kent, quien trata sin éxito de hacerle razonar diciéndole que la pequeña le tiene en realidad más amor que las otras dos¹⁶¹.

Este tema de la adulación lo encontramos recogido también en Hamlet, en el diálogo del príncipe con su amigo Horacio, cuando le dice que es el hombre más ecuánime de todos los que ha tratado, a lo que Horacio responde que no le adule y Hamlet le dice que no lo hace, ya que no espera ninguna ganancia de sus palabras pues no tiene sentido

161 Cf. W. Shakespeare, *El Rey Lear*, Acto I, Escena I.